

El Rey de Alemania señor de tantas tierras, dueño de tantos vasallos, obedecido por tantos pueblos, salía como á hurtadillas de su palacio imperial, sin mas acompañamiento que su mujer y su primogénito, á guisa de un rebelde que huye ó de un criminal que tiembla, esquivando los Alpes del Tirol coronados por los duques feudales en armas contra él, corriendo á Borgoña para que le den por un reino un pase franco á la codiciada Italia donde pudiera requerir olvido y perdon, mientras el Papa, bajo el clemente cielo italiano, despedido por las mil lenguas de bronce que hablan allá en los romanos campanarios, llevado como un Dios en procesion que mezclaba los rezos con los vítores, precedido de una reina feudataria, de la condesa Matilde, hermosa como los ángeles de Patmos, montada en cabalgadura que se diria apocalíptica, ceñida con su peto de acero que brillaba como los ornamentos eclesiásticos, llevando en una mano la espada desnuda, signo de su poder consagrado á Gregorio VII, y en otra mano la granada mística, símbolo de su virginidad, consagrada rendidamente á la Iglesia.

No pueden describirse las penalidades de Enrique IV. Era el mes de enero del invierno mas frio que tuvo el implacable siglo undécimo; y en tal estacion y en tal mes tuvo que atravesar el monte Cenis sin guias ni senderos, á pié con su pobre mujer y con su hijuelo; resbalándose sobre la nieve fria como la muerte y sólida como el granito; al borde de los abismos que podian tragárselo en el eterno olvido; bajo las amenazas de los aludes desprendidos de las cimas y precipitados por las laderas con los fragores del trueno y los estremecimientos del terremoto. En cuanto Gregorio VII supo que Enrique IV acababa de llegar á Turin, dirigióse inmediatamente á Canosa; y le aguardó allí, en una eminencia que casi tocaba al cielo como su frente, guarecido de triple muro no tan fuerte como su autoridad espiritual y religiosa, abrigado en suntuoso palacio verdadero santuario de aquel dios circuido de gentes que le escuchaban como á un oráculo celeste y le servian con la cabeza inclinada sobre el pecho y la rodilla puesta en tierra. Y el Emperador andaba en pos de aquel Papa que le hiriera, triste y trémulo como el Edipo de la poesía antigua, no por los valles de Colonna poblados de ruiseñores, sino por los agrios Alpes heridos de tormentas. En vano algunos obispos simoníacos quisieron disuadirle de su intento; en vano algunos caballeros lombardos



El Rey de Alemania se hizo tantas tierras, dueño de tantas ciudades, obedecido por tantos pueblos, como a los señores de un castillo feudal, sin su propio acompañamiento que su mujer y su familia le seguían, rebelde que huye ó de un criminal que tiembla, que se refugia en los castillos coronados por los duques feudales en armazones de guerra, para que le den por un reino un país, frías a la cabeza, que pudiera requerir olvido y piedad, mientras el Papa, como el galiano, despedido por las mil lenguas de bronce, que se arrojan como campanarios, llevado como un Dios en procesión, con los vitores, precedido de una multitud de sacerdotes, hermosa como los arroyos de la montaña, en un paisaje apocalíptico, ceñido con la corona de espinas, brillando como el sol, llevando en su mano el cetro, y en su pecho el sagrado a Gregorio VII, y en una procesión, que se arroja como un sacrificio consagrada rendidamente a la Iglesia.

No pueden describirse las penalidades que el Emperador sufrió en el invierno del invierno más frío que tuvo, el inabarcable, negro, y en la estación de invierno tuvo que atravesar el monte Cenis sin guapas, sin zapatos, a pie, con su pobre mujer y con su hijo; resbalándose sobre la nieve fría como la nieve y solada como el granito; al borde de los abismos que podían tragarse en el eterno olvido, con las amenazas de los aludes desprendidos de las cimas y precipitados por las laderas con los fragores del trueno y los estremecimientos del terremoto. En cuanto Gregorio VII supo que Enrique IV acababa de llegar a Tesin, dirigióse inmediatamente a Canosa, y le aguardó allí, en una ermita que casi tocaba al cielo como su frente, guarecido de todo viento por las montañas como su autoridad espiritual y religiosa, abrigado en un castro, rodeado de soldados, sacario de aquel Dios circuido de gentes que le rodeaban como a un oráculo celestial y le servían con la cabeza inclinada sobre el polvo y la rodilla puesta en tierra. Y el Emperador andaba en pos de aquel Papa que le miraba triste y trémulo como el Edipo de la tragedia antigua, no por los valles de Colonia poblados de señores, sino por los agrios Alpes heridos de tormentas. En vano algunos obispos simoníacos quisieron disuadirle de su intento, en vano algunos caballeros lombardos



EL EMPERADOR ENRIQUE IV A LA PUERTA DEL CASTILLO DE CANOSA

le brindaron con sus armas y con su obediencia; en vano algunos enemigos de la autoridad pontificia le salieron al encuentro sintiendo que no podía llevar la diadema de los Césares en la frente herida por las chispas de las excomuniones; anduvo persistente en su propósito sin darse punto de reposo hasta llegar al pié mismo de Canosa, donde trémulo, casi desnudo, con las rodillas en la nieve, con todo su cuerpo aterido por el frio; macerándose cual un penitente, profiriendo humildes súplicas como un confeso; temeroso cual estarán los réprobos en la hora del Juicio Final á la izquierda del Padre; resuelto á no moverse de allí, á pesar de haber trascurrido tres días y tres noches de enero bastantes en sus inclemencias á concluir con su vida, que se extinguiera, si el Papa no se ablandara á tanto arrepentimiento y penitencia, tomándolo en los brazos y partiendo con él una hostia en misa de reconciliacion y de paz.

Sucedará luego todo lo que se quiera; pero el apogeo de la autoridad pontificia ha llegado ya. Mudaráse la fortuna de Gregorio VII. Sus enemigos serán tantos que no podrá deshacerse de ellos. Excomulgará por segunda vez á Enrique IV, el cual caerá sobre Roma en el año 81 y en el año 82 y en el año 83. Verá rendirse la ciudad leonina y tendrá que refugiarse en la fortaleza de San Angelo. Sabrá que un anti-Papa, Clemente III, le disputa la autoridad desde Tívoli; y que sus hijos mas amados, las gentes de Roma, pactan con el aborrecido emperador. Reunirá un sínodo, y fallarán todos sus proyectos. Tomará Enrique IV el Capitolio; y el duque de los normandos, Roberto, vendrá activamente á socorrer al Pontífice para sumirlo, despues de todo, en mas angustioso cautiverio. Le depondrá un parlamento romano. Sus propios aliados destrozarán á Roma, como no la destrozaron ni Alarico ni Genserico. El destierro coronará de sombras los últimos días de su vida y amargará las horas precedentes á la agonía y á la muerte. Pero sobre todas estas resistencias de la realidad y todas estas oposiciones, elevaráse el sol de la autoridad pontificia, despidiendo su luz y avivando con su calor hasta los abismos mas frios y mas oscuros de la Edad Media. ¡Qué diferencia entre aquellos primitivos Papas, encerrados en las Catacumbas, huidos al dia como las aves nocturnas, amenazados siempre de la ira imperial, que creen ver entrar á cada instante los esbirros en su iglesia subterránea donde pasan la vida enterrando los mártires